



EL ASCENSO DE CHINA

UNA MIRADA A LA
OTRA GRAN POTENCIA

Rafael Dezcallar

DEUSTO

El ascenso de China

Una mirada a la otra gran potencia

RAFAEL DEZCALLAR



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Rafael Dezcallar c/o Thinking Heads, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: marzo de 2025

Depósito legal: B. 2.426-2025

ISBN: 978-84-234-3869-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España



La transformación de China

China es un gran país. Tiene una historia larga e importante. Su cultura es infinita. Hace unos años se descubrió en Lingjing una pequeña figura de un ave esculpida en hueso quemado de unos trece mil años de antigüedad. Los chinos son muy conscientes de su identidad y se sienten legítimamente orgullosos de ella.

Todavía más asombrosa es la continuidad de China como entidad política. El Imperio chino se unificó en el 221 a. C., bajo la dinastía Qin. A finales del siglo II d. C., en la época de la dinastía Han y de Marco Aurelio —el emperador filósofo y guerrero—, el Imperio chino y el Imperio romano tenían aproximadamente el mismo número de habitantes (unos sesenta millones), y su PIB era similar. A partir de entonces, ambos pasaron por las mismas vicisitudes: invasiones bárbaras, cambios de dinastía, guerras civiles, epidemias, rebeliones de sus generales... Al final, el Imperio romano desapareció. El chino colapsó también varias veces, pero al cabo de un tiempo volvió a unificarse.

¿Por qué ese destino tan diferente? Hay quien cree que la implantación del cristianismo minó la coherencia de la base filosófica grecolatina del Imperio romano, de la visión del mundo sobre la que había sido construido. Además, una parte del Mediterráneo fue invadida por los árabes, que traían con ellos una religión y una cultura totalmente diferentes. El Imperio chino,

por el contrario, se mantuvo siempre fiel a su base confuciana, a la que se fueron añadiendo el budismo y el taoísmo, pero sin destruir la primera.

Se ha señalado que, aunque en China se hablaban idiomas distintos, los caracteres que se utilizaban para escribirlos eran los mismos en todo el territorio. Unos caracteres muy complejos, que no eran sencillos de aprender. Esto creó un fuerte vínculo entre la población que compartía esos caracteres y una barrera entre ellos y los extranjeros. Concedió además un papel fundamental a la educación, que Confucio colocó en el centro de su ética. El control de la educación otorgó un enorme poder a la casta de los mandarines, los guardianes de la escritura, quienes desempeñaron un papel determinante para mantener la unidad cultural de China.

La preservación de un imperio tan inmenso, en unos siglos en los que los medios técnicos no permitían solucionar fácilmente los problemas planteados por las grandes distancias, sugiere que las ideas que sustentaban ese imperio y la propia cultura china tenían una fuerza, una irradiación y un prestigio muy sólidos.

Esas ideas mantuvieron en pie el poder imperial de China durante siglos. Desde el final de la dinastía Han transcurrieron dieciséis siglos en los que el Imperio chino fue una gran potencia y el país más rico del mundo. En 1820 su PIB suponía alrededor del 30 por ciento del PIB mundial.

Durante ese período China vivió voluntariamente aislada del resto del mundo. Despreciaba a los extranjeros, a quienes consideraba bárbaros. Durante esos años no era raro escuchar en China la expresión *yáng guǐzi* (洋鬼子), ‘demonio extranjero’.

De este soberbio aislamiento la sacaron a partir de 1839 las guerras del opio, a las que siguieron los llamados tratados desiguales y unas décadas de dominación occidental y de pérdida de soberanía. China se vio forzada a aceptar concesiones extranjeras en Shanghái y en otras ciudades. En ellas no se aplicaban las leyes chinas, sino las occidentales. Con la dominación occidental vino el empequeñecimiento económico. China perdió el tren de la Revolución Industrial, y la dimensión de su economía se hundió en comparación con la de las grandes potencias.

El Imperio chino colapsó finalmente con la revolución de 1911, liderada por Sun Yat-sen. En los años posteriores los señores de la guerra se repartieron el territorio, hasta que en 1928 se impuso el gobierno del Kuomintang dirigido por Chiang Kai-Shek. Sólo tres años más tarde los japoneses invadieron China y ocuparon buena parte del país. El Kuomintang y el nuevo Partido Comunista llevaron a cabo operaciones de resistencia contra el invasor al tiempo que se enfrentaban entre ellos en una guerra civil.

El período que se inicia en 1839 es lo que en la China de hoy se conoce como el Siglo de Humillación. Terminó en 1949 con la victoria en la guerra civil del Partido Comunista de China, el PCCCh, y la expulsión de los extranjeros. La Revolución china fue esencialmente una revolución nacionalista aunque la liderara el Partido Comunista. El 1 de octubre de 1949, desde el balcón situado sobre la puerta de la Ciudad Prohibida, en la plaza de Tiananmén, Mao Zedong proclamó la fundación de la República Popular de China. En su discurso, Mao declaró que el pueblo chino se había puesto en pie. No hizo un discurso sobre el final del feudalismo ni sobre el triunfo del proletariado sobre los explotadores burgueses. Su mensaje fue un mensaje nacionalista: la China humillada por las guerras del opio y por los tratados desiguales, la gran China milenaria se había liberado del yugo extranjero y había recuperado plenamente su soberanía. Unos días antes, el 21 de septiembre, había afirmado en otro discurso: «Se ha acabado la época en que los chinos éramos considerados como incivilizados. Surgiremos ante el mundo como una nación de elevada cultura».

Algo similar sucedió en 1959 con la Revolución cubana. Fidel Castro también era antes que nada un líder nacionalista, que más tarde derivó hacia el comunismo para tratar de defenderse mejor de la abrumadora presión de Estados Unidos. Washington estaba acostumbrada a contemplar a Cuba como un asunto interno, y no estaba dispuesto a tolerar la existencia de un país no sometido a su voluntad a 145 kilómetros de Florida. Ese nacionalismo explica la enorme popularidad de la Revolución cubana y de su líder en los momentos iniciales, que fue perdiendo

a medida que derivó hacia una dictadura y un sistema económico comunista.

En el caso de China, por el contrario, se estableció desde el primer momento un régimen comunista. El Partido decretó expropiaciones y colectivizaciones de las industrias y de las tierras. El resultado fue una pobreza generalizada, rayando en algunos casos en la miseria. Hubo purgas de los adversarios políticos de Mao. Éste fue el principal responsable de dos episodios trágicos de la historia de la República Popular de China, el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural.

El Gran Salto Adelante tuvo lugar entre 1958 y 1962. Su objetivo era reformar la tradicional economía agraria china mediante una rápida industrialización alcanzando a los Estados más desarrollados en la producción de acero. Sin embargo, la estrategia que se estableció para conseguirlo no tenía ningún tipo de fundamento económico o racional. La consecuencia fue una hambruna devastadora que provocó la muerte de entre treinta y cincuenta millones de personas. En su obra *Los cuatro libros*, el novelista Yan Lianke relata el horror del hambre en aquellos años y las situaciones extremas a las que llevó a quienes la sufrieron, en este caso unos campesinos de la provincia de Henan.

La Revolución Cultural fue la consecuencia del deseo de Mao de recuperar el control del Partido, que había perdido tras el fracaso del Gran Salto Adelante. Se inició en 1966 y sus últimos coletazos se prolongaron hasta su muerte y el arresto de la Banda de los Cuatro, diez años más tarde. Invocando la necesidad de recuperar la pureza de los principios revolucionarios, Mao dio carta blanca a sus seguidores para enfrentarse a sus oponentes en el seno del PCCh, a quienes acusó de revisionismo y de defender valores burgueses y feudales. Agitando el *Libro rojo* e impulsados por un culto exacerbado a la personalidad de Mao, los guardias rojos humillaron públicamente no sólo a los que eran percibidos como adversarios de su líder, sino también a los maestros en las escuelas y a los profesores en las universidades, a los profesionales, a los altos funcionarios y a todos los que eran acusados de no seguir fielmente los principios maoístas. Las víctimas de los guardias rojos fueron sometidas a malos tratos, confisca-

ción de bienes, encarcelamiento arbitrario, trabajos forzados, tortura y, en no pocos casos, ejecución. Se produjeron varias masacres. Millones de personas, especialmente intelectuales y habitantes de las ciudades, fueron enviadas a trabajar a comunas campesinas para ser reeducadas en los valores revolucionarios. El padre de Xi Jinping, Xi Zhongxun, un alto dirigente del Partido, fue purgado; y el propio Xi estuvo trabajando varios años en el campo. Se destruyeron reliquias y artefactos históricos y se saquearon lugares de interés cultural y religioso.

Cuando Mao murió en septiembre de 1976 fue sucedido por Hua Guofeng, quien no duró mucho tiempo en su puesto. A partir del XI Congreso del PCCh de diciembre de 1978 fue desplazado del poder por los reformistas, dirigidos por Deng Xiaoping. Deng era un líder comunista histórico. Participó en las luchas revolucionarias, en la Larga Marcha, y en las operaciones del Ejército Popular de Liberación contra los japoneses. Siempre había mantenido posiciones más reformistas que las de Mao, por lo que lo habían apartado del poder varias veces.

Deng estaba convencido de que la causa profunda de la decadencia de China era su declive económico frente a Occidente. A la muerte de Mao, en 1976, China seguía siendo muy pobre, con un enorme retraso con respecto a las principales economías del mundo. Su PIB era menor que el de Italia. Mao había puesto el país en pie, pero su atraso lo mantenía débil y vulnerable. Deng pensaba que el socialismo podía terminar desapareciendo si seguía condenando a sus ciudadanos a la miseria. China tenía que salir de la pobreza y desarrollarse económicamente. Sólo así podría hacerse fuerte, tratar de igual a igual a los países extranjeros y dejar definitivamente atrás su posición de sometimiento tras las guerras del opio. El problema era que para llevar adelante esos cambios el modelo económico de los Estados comunistas no servía.

Deng era consciente de que China era pobre, pero las comunidades chinas que vivían en el extranjero eran prósperas y estaban acomodadas. En noviembre de 1978 viajó a Singapur, donde

se encontró con un sistema político que combinaba el capitalismo avanzado y el autoritarismo. Singapur era gobernado con mano de hierro por Lee Kuan Yew, de origen chino, como la gran mayoría de la población. Lee aplicaba una fórmula de gobierno de raíz confuciana, que daba prioridad al mantenimiento estricto del orden social y político y a la prosperidad económica sobre el respeto a los principios democráticos. Deng quedó impresionado por el progreso económico de Singapur, y así se lo hizo saber a su líder. Lee Kuan Yew le respondió que, si Singapur había logrado todo eso con una población formada por los descendientes de campesinos pobres que habían emigrado desde las provincias del sur de China, mucho más lejos podría llegar la propia China, donde seguían viviendo los descendientes de los mandarines.

La conclusión a la que llegó Deng fue que sólo implantando una economía capitalista China podría hacerse rica. A finales de 1978 lanzó su política de Reforma y Apertura, que introdujo paulatinamente la propiedad privada, los modelos de producción capitalistas y la apertura al mundo exterior en una economía que hasta entonces había permanecido totalmente cerrada y controlada por el Estado. Las reformas de Deng significaron que por vez primera un Partido Comunista abandonaría un principio esencial del marxismo, la propiedad colectiva de los medios de producción, y permitiría la propiedad privada. Autorizó la aparición en China de empresas privadas y abrió la puerta a las inversiones extranjeras. Terminó con el principio de autosuficiencia, característico de las economías maoísta y soviética, cuyo fin era evitar dependencias del exterior. En uno de sus textos Deng afirmó: «No debemos tener miedo a adoptar los métodos de gestión avanzados aplicados en los países capitalistas [...]. La esencia última del socialismo es la liberación y el desarrollo de los sistemas productivos [...]. El socialismo y la economía de mercado no son incompatibles».

Uno de los principios básicos de su programa de reformas era el de buscar la verdad en los hechos. Es célebre su frase de que lo importante no es que el gato sea blanco o sea negro, sino que cace ratones. En otra ocasión se dirigió a los asistentes a una

conferencia del Partido en 1981 con un discurso que empezaba con estas palabras: «Dejemos a un lado las teorías».

Todo ello refleja el enfoque eminentemente pragmático de su política. Para Deng, lo que contaba era lo que funcionaba en la práctica, no las discusiones teóricas. Sus reformas económicas ofrecieron estímulos materiales a los campesinos para que aumentaran su producción y a los obreros para que incrementaran su productividad. Los cambios se iban aplicando de manera gradual. Para cruzar el río había que tantear primero si se podía caminar sobre las piedras, como él mismo dijo. Se experimentaban diferentes soluciones para los problemas que iban surgiendo, analizando los resultados y eligiendo las fórmulas que mejor funcionaban. Se crearon zonas económicas especiales en las que se promovían la liberalización económica y la inversión. Una de ellas fue Shenzhen, en aquel entonces un pueblo de pescadores y hoy una urbe de más de trece millones de habitantes, centro de las empresas chinas de alta tecnología. Se estudiaron las reformas que iban aplicando los Tigres Asiáticos (Corea del Sur, Singapur, Taiwán y Hong Kong), a fin de adoptar las que mejor habían funcionado.

Este sistema permitió que se disparara en un primer momento la producción de alimentos y se mejorara el nivel de vida de la población. Se generaron además unos excedentes que se invirtieron en la fabricación de productos para la exportación, sobre todo de consumo y de la industria ligera. Millones de campesinos comenzaron a desplazarse desde las zonas rurales a las nuevas áreas industriales. Sus ingresos eran bajísimos comparados con los de los trabajadores occidentales, pero mucho más altos que los que hasta entonces habían percibido en sus lugares de origen. China comenzó a exportar a precios imbatibles todo tipo de productos, que empezaron a inundar los mercados globales. Los beneficios de las exportaciones fueron invirtiéndose en crear industrias de mayor valor añadido. Se importó tecnología y maquinaria del mundo desarrollado, lo que ayudó a las exportaciones chinas a escalar en las cadenas de valor global. Las oportunidades que iban surgiendo atrajeron masivamente a la inversión extranjera. Empresas de todo el mundo deseaban fabricar

en China a precios muy bajos productos para exportar al exterior, así como para vender en su inmenso mercado, que había iniciado un rápido proceso de expansión.

Históricamente, China siempre había sido una nación muy comerciante. Múltiples ciudades del mundo contaban con barrios chinos formados por las colonias de mercaderes que allí se instalaron. El primero de todos, por cierto, surgió en Manila en el siglo xvi y estaba formado por comerciantes chinos atraídos por las oportunidades que ofrecía la Nao de Acapulco, la primera ruta comercial transpacífica, establecida en 1573. En el fondo, lo que hizo Deng Xiaoping fue levantar la tapa de la olla y permitir que los chinos volvieran a hacer algo que siempre habían sabido hacer muy bien: trabajar y comerciar.

El resultado de todo ello fue un gigantesco proceso de crecimiento económico. El ingreso de China en la Organización Mundial del Comercio aceleró la transformación de su economía, ya que para ser admitida se vio obligada a aprobar nuevas reformas. Dada la dimensión que iban adquiriendo las exportaciones chinas y las inversiones extranjeras, su ingreso en la OMC transformó la economía mundial y favoreció en gran medida el proceso de globalización. En cuatro años las exportaciones chinas pasaron de suponer el 18 por ciento de su PIB en 2001 al 29 por ciento en 2005. Su renta per cápita —que sólo alcanzaba los 222 euros en 1978— llegó a los 1.013 euros en 2001, subió a 2.020 en 2006 y es de unos 13.000 euros en la actualidad. En cuanto al peso de China en el PIB global, que era del 1,8 por ciento en 1978, pasó a ser del 5 por ciento en 2001 y alcanzó el 18 por ciento en 2021.

Deng Xiaoping sabía que China sólo podría hacerse rica desarrollando una economía capitalista. Ahora bien, aunque Deng era un pragmático, era también un comunista. No quería acabar con el socialismo, sino reinventarlo. Incluso lograr que funcionara mejor que el capitalismo. «La pobreza no es socialismo. Para defender el socialismo, un socialismo que tiene que ser superior al capitalismo, es absolutamente imperativo eliminar la pobreza», escribió en 1987.

Por eso, al tiempo que iba introduciendo un sistema econó-

mico en el que las decisiones fundamentales las tomaba el mercado, fue muy cuidadoso en mantener un sistema político comunista. Un sistema inspirado en principios leninistas, que aseguraba el control absoluto del Partido Comunista sobre todas las decisiones políticas, de acuerdo con los principios del centralismo democrático. Un sistema que le permitiría transformar radicalmente China sin las cortapisas, las limitaciones y los equilibrios de poder que exigen los regímenes democráticos. El PCCh ejerce todo su poder mediante el control del Estado, y los intereses particulares no pueden prevalecer sobre los colectivos. Por eso en China todo es político, todo se decide en función de los intereses del Estado, tal como los define el Partido.

La esencia del socialismo con características chinas creado por Deng es la combinación de una economía capitalista y un sistema político leninista. El socialismo con características chinas es un sistema capitalista-leninista. El método de creación de riqueza es capitalista y el método de ejercicio del poder es leninista. En su vertiente económica, el socialismo con características chinas es capitalista —con una fuerte influencia occidental—, no comunista. En su faceta política tiene un fuerte componente leninista, de procedencia rusa. En otros aspectos relevantes hunde sus raíces en el confucianismo. El cóctel final tiene un toque de pragmatismo típicamente chino.

Todo esto constituye una herejía contra la ortodoxia marxista. El marxismo establece claramente la propiedad colectiva, no privada, de los medios de producción. Ningún Partido Comunista había violado este principio básico. Las reformas de Deng Xiaoping suponen ignorar abiertamente el dogma marxista de que la infraestructura económica determina la superestructura política. En el socialismo con características chinas el mercado quita poder al Estado y se lo da a los individuos en un terreno clave para los marxistas como son las decisiones económicas. Ello supone en principio una amenaza para el objetivo leninista de mantener un férreo control del Partido sobre el Estado y la sociedad. La posibilidad de tomar decisiones independientes sobre cuestiones económicas —abriendo y cerrando empresas, invirtiendo en determinados sectores y no en otros, enviando al

paro a los trabajadores— tiene indudables consecuencias sociales y políticas. Las libertades económicas pueden además terminar conduciendo a los individuos a demandar libertades políticas.

Es cierto que en China el Estado —y, detrás del Estado, el PCCh— sigue manteniendo un papel muy importante en la economía. Pero eso no cambia el hecho fundamental de que las empresas en China, incluidas las empresas públicas, funcionan de acuerdo con las reglas del mercado. Por eso, al tiempo que la economía se liberalizaba, el Partido debía retener el poder político. De acuerdo con los principios leninistas, las revoluciones no se hacen por consenso, sino por la fuerza. Y no sólo se hacen por la fuerza, sino que se mantienen por la fuerza. El objetivo de monopolizar el poder ha sido consustancial a los partidos comunistas que han llegado a él mediante una revolución, incluido el PCCh. Deng no era en absoluto un demócrata, como demostró en Tiananmén en 1989. Su principal objetivo era que China la controlaran los chinos, y llegó a la conclusión de que la única manera de hacerlo posible era establecer un régimen autoritario en manos de un Partido que se autodenomina comunista, pero cuya raíz es esencialmente nacionalista, y que terminó convirtiendo a China en un país capitalista.

Deng Xiaoping fue el genio político que inventó este modelo único, combinando lo que hasta entonces parecía imposible de combinar y transformando radicalmente la China que había heredado de Mao Zedong. Su planteamiento de fondo —que sigue siendo hoy el del PCCh— era nacionalista, no desarrollista. El crecimiento económico no es un fin en sí mismo, sino un requisito necesario para que China se haga fuerte y sea capaz de hacer frente a las grandes potencias, de modo que no le puedan imponer nunca más lo que le impusieron en el pasado. El fortalecimiento económico es una condición del fortalecimiento político. En China también la economía es política. La visión del Partido sobre la economía no es una visión económica, sino política. Durante la pandemia de la COVID-19, un grupo de economistas muy vinculados al Partido pidieron suavizar las restricciones impuestas para controlar el virus y así revitalizar la economía, ya

que «el desarrollo es la clave para resolver todos los problemas y para poder hacer frente a la política de contención estratégica de Estados Unidos».

En Occidente no es fácil entender bien el sistema político creado por Deng y dirigido por el Partido Comunista de China. Estamos acostumbrados a identificar el comunismo con la mediocridad económica, la escasez e incluso la miseria. No es de extrañar que así sea, a la vista de los ejemplos históricos. Otros sistemas políticos marxistas-leninistas, como el soviético o el cubano, sabían perfectamente que el capitalismo es el método más eficiente para crear riqueza, pero eran igualmente conscientes del peligro de que los ciudadanos fueran económicamente independientes del Estado. Tenían miedo a esa libertad económica, que podía conducir a exigir libertad política, porque su prioridad era retener el control político. Por ello optaron por mantener el sistema económico socialista, aunque sabían que al hacerlo condenaban a su población a vivir en una situación de escasez generalizada. El mismo Lenin se dio cuenta de todo esto. La Revolución soviética provocó un deterioro grave de la economía, y Lenin trató de arreglarlo con su Nueva Política Económica, que daba más libertades económicas a la población. En cierto sentido podría hablarse de Lenin como un precursor de Deng Xiaoping. Pero el líder soviético murió poco después de introducir la NPE, que no dispuso de mucho tiempo para desarrollarse. Cuando Stalin le sucedió volvió rápidamente a la ortodoxia marxista.

Tampoco Cuba quiso nunca avanzar en esa dirección. En 1993, cuando colapsó la Unión Soviética y dejaron de llegar los subsidios de Moscú, la economía cubana entró en caída libre. Felipe González, entonces presidente del gobierno español, convenció a Fidel Castro de que tenía que introducir algunos cambios en la política económica. Envío entonces a La Habana a Carlos Solchaga, exministro de Economía y Hacienda, con un equipo de expertos españoles en diversas áreas económicas —macroeconomía, fiscalidad, aduanas, etc.— para que se reunieran con sus contrapartes cubanas y les aconsejaran los cambios que debían introducir. Yo participé en esas conversaciones, porque en ese momento estaba en la Embajada en La Habana. Las reformas que Castro fi-

nalmente aceptó fueron muy limitadas —trabajo por cuenta propia, creación de cooperativas y de mercados libres campesinos, libre circulación del dólar—, y estaban sometidas a múltiples restricciones, precisamente porque todas ellas concedían mayor libertad económica a los ciudadanos, y Castro temía las consecuencias políticas de esa decisión. En cuanto sintió que, gracias a esos cambios, limitados al turismo, a las remesas de los emigrantes y a la ayuda de la Venezuela de Chávez, la economía cubana podía recuperar un pulso mínimo, Castro revirtió muchas de esas reformas. El crecimiento económico y el bienestar de la población no eran lo más relevante para él. Lo que le importaba de verdad era el control político. Y para ese objetivo, cuanto mayor fuera la dependencia económica de los individuos con respecto al Estado, mejor.

Castro concebía además el capitalismo como una vía de penetración de la influencia norteamericana en la isla, y su revolución se había hecho precisamente contra eso. Cuba es un país pequeño, de cultura mayoritariamente occidental, a sólo 145 kilómetros de distancia de Estados Unidos, China en cambio es gigantesca, tiene un enorme mercado interno y una tradición política muy distinta de la de Estados Unidos, del que está separada por el océano Pacífico. Por eso China podía permitirse experimentar con el capitalismo confiando en que el Partido no perdería el control del poder, lo que en el caso de Cuba resultaba mucho más difícil. Castro siempre temió que, si abría un poco la ventana a las reformas, la influencia de Estados Unidos entraría como un vendaval que arrasaría con todo y devolvería a Cuba a la situación en la que se encontraba antes de 1959.

Todo esto explica la diferente evolución en uno y otro caso, cuando ambas revoluciones partían de un punto similar: la defensa de la soberanía nacional frente a las injerencias extranjeras. Al final, China interpretó a su manera el marxismo, se volvió capitalista y, en consecuencia, también rica y poderosa. Mientras, Cuba rechazó el capitalismo y se mantuvo fiel a la ortodoxia marxista, y su economía sigue hundida en una crisis sin aparente salida.

Evidentemente, la convivencia entre un sistema económico

capitalista y un sistema político leninista no es fácil. Ha generado una tensión inevitable entre la lógica capitalista del mercado y la lógica leninista del Partido. La política de Reforma y Apertura fue desde el principio una apuesta arriesgada. Hacía apenas dos años que Mao había muerto y que se había arrestado a la Banda de los Cuatro. Deng Xiaoping tuvo que enfrentarse a una fuerte resistencia de los sectores conservadores del PCCh, que eran conscientes del peligro potencial de sus reformas. Deng mostró una gran capacidad política al ser capaz de convencer al Partido de la necesidad de sacarlas adelante.

El riesgo en todo caso era real, y pronto surgieron problemas de todo tipo. Estos problemas desembocaron en los acontecimientos de la plaza de Tiananmén el 4 de junio de 1989, cuando las esperanzas de parte de la población de que los cambios económicos conducirían a cambios políticos fueron brutalmente reprimidas. Deng Xiaoping ordenó la intervención del ejército, convencido de que el control del Partido había que mantenerlo a cualquier precio. Los estudiantes concentrados en la plaza fueron expulsados de allí y un gran número de ellos murieron. El propio Partido quedó dividido. Su secretario general, Zhao Zhiyang, se puso del lado de los estudiantes, bajó a la plaza para reunirse con ellos y fue destituido de su cargo. Pocos días después de los sucesos de Tiananmén, Jiang Zemin fue nombrado nuevo secretario general del PCCh, aunque Deng retuvo su posición de poder dentro del Partido.

Los manifestantes de Tiananmén recibieron el apoyo de Occidente, que creía que las libertades económicas que Deng había autorizado en 1978 traerían inevitablemente libertades políticas. Por la misma razón, los Estados occidentales apoyaron la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio en 2001, así como la llegada a China de masivas inversiones occidentales. Eran los años de la caída del muro de Berlín y del colapso de la Unión Soviética, cuando Estados Unidos y las democracias liberales habían ganado la Guerra Fría y todos los regímenes comunistas parecían inevitablemente destinados a terminar en el basurero de la historia.

Los sucesos de Tiananmén paralizaron el proceso de cambios

y reforzaron los sectores del Partido contrarios a ellos, que vieron confirmados sus temores. La política de Reforma y Apertura sólo pudo reanudarse en 1992, cuando Deng consiguió imponerse al sector conservador del PCCh con un viaje a las regiones del sur de China —Cantón, Shenzhen, Zhuhai— en las que las reformas habían avanzado más. A partir de ese momento se reanudó la apertura de la economía china al exterior y se relanzó el crecimiento económico, que se mantuvo durante décadas a tasas muy elevadas.

La introducción del capitalismo, la apertura al exterior de China y la idea de dar libertad económica a los ciudadanos, pero negándoles la libertad política, siguen siendo un experimento arriesgado. Sin embargo, después de Tiananmén, el régimen chino se ha mantenido estable. ¿Cómo ha logrado el PCCh que esos riesgos no se hayan traducido en una inestabilidad permanente y en una contestación a su sistema político, que continúa siendo una dictadura? Conseguir algo así no es fácil, porque en una economía capitalista como la china múltiples factores actúan en su contra: los contactos y los intereses económicos compartidos con el resto del mundo; los viajes de ciudadanos curiosos y económicamente independientes, quienes al conocer otros países desarrollan ideas propias; los intercambios de estudiantes; la aparición de grandes empresas con un inmenso poder económico, cuyos dirigentes pueden desarrollar también sus propias ideas.

El Partido asumió ese riesgo porque pensaba que podía controlarlo, que tenía los resortes necesarios para que las libertades económicas no condujeran a una demanda imparable de libertades políticas.

Entre ellos está en primer lugar el propio progreso económico de China, el más rápido y de mayor dimensión que se ha producido nunca en la historia. Ese progreso ha legitimado *a posteriori* —ante la población y ante sus adversarios dentro del Partido— el sistema político creado por Deng Xiaoping, el socialismo con características chinas.

La base filosófica de la sociedad china no reside en el individualismo occidental, sino en el confucianismo, que antepone los intereses de la comunidad a los del individuo. Son completa-

mente ajenas a la tradición china la filosofía grecolatina o la Ilustración. China no ha tenido nunca en su historia un régimen democrático. No se demanda lo que nunca se ha tenido. Algunos lo hacen, desde luego, pero son pocos. La inmensa mayoría de las personas que han visto su nivel de vida dispararse en estas últimas décadas vive sin hacerse demasiadas preguntas sobre el grado de democracia del régimen chino.

Un tercer factor es el fuerte aparato de represión del Estado, así como la determinación del Partido de utilizar todos los medios de control a su disposición para castigar a quienes disientan de sus ideas. El PCCh llegó a la conclusión de que Zhao Ziyang y otros dirigentes de la época fueron débiles e ingenuos, no cortaron a tiempo las protestas y se dejaron influenciar por Occidente, por Gorbachov y por los cambios en Europa del Este. La conclusión fue que para evitar nuevos Tiananmén era esencial que el PCCh rechazara abiertamente el modelo de democracia occidental y retuviera en sus manos el poder al precio que fuera, aplicando para ello los métodos represivos que hubiera que aplicar.

Finalmente resulta importante entender bien la naturaleza del Partido Comunista de China. El PCCh es un partido político no democrático que dirige un Estado autoritario con algunos rasgos propios del totalitarismo. Pero es también una maquinaria de poder muy bien engrasada que trata de buscar soluciones eficaces a los problemas de la sociedad que gobierna y que se esfuerza por mantenerse en estrecho contacto con ella. Gestionar la convivencia de un sistema económico capitalista y de un sistema político leninista es una de sus tareas fundamentales. Más adelante trataremos de ver con más detalle el funcionamiento del Partido, que es una de las claves para comprender el sistema político chino.

Cuando Deng Xiaoping abandonó el poder, los períodos de Jiang Zemin y Hu Jintao continuaron desarrollando la política de Reforma y Apertura. Jiang fue secretario general del Partido entre 1989 y 2002, y Hu de 2002 a 2012. Fueron años de enorme crecimiento económico, a un ritmo anual de dos dígitos, y de un

gran incremento de las relaciones comerciales y la inversión con el resto del mundo. En este período fueron consolidándose algunos de los rasgos representativos del socialismo con características chinas.

Durante esos años, muchos campesinos siguieron emigrando a las grandes ciudades industriales de la costa, donde existía una situación de pleno empleo. Jiang y Hu trataron de que el desarrollo llegara a las áreas rurales, que se habían quedado muy atrasadas. Se iniciaron programas para modernizar las técnicas y la maquinaria agrícolas, se promovieron la industria y los servicios y se construyeron infraestructuras agrarias y ganaderas, así como nuevas carreteras, viviendas, hospitales y redes de suministro de agua.

Aunque las diferencias entre zonas urbanas y rurales siguen siendo considerables, todo ello permitió mejorar la educación y el nivel de ingresos de los trabajadores del campo. Esto hizo posible avanzar en la estrategia de eliminación de la pobreza, que era otra de las grandes prioridades marcadas por el PCCh para la transformación de China. Según datos del Banco Mundial, 750 millones de chinos se encontraban en 1990 en situación de pobreza, cifra que había bajado a 90 millones en 2012, cuando terminó el gobierno de Hu Jintao.

Jiang Zemin y Hu Jintao promovieron igualmente el desarrollo tecnológico. La apuesta por la tecnología se veía como una de las claves para asegurar el ascenso económico y político de China. Especialmente, para mantener el ritmo de crecimiento económico, para lograr que China subiera puestos en la escala de valor en la cadena global de suministros y para reforzar su posición con respecto a Occidente.

El desarrollo de China en el marco de un sistema económico capitalista dio una prominencia nueva a las grandes empresas privadas que iban apareciendo, así como a sus ejecutivos. Ese nuevo papel quedó recogido en la teoría de las Tres Representaciones, impulsada por Jiang Zemin y aprobada por el XVI Congreso del PCCh en 2002. A partir de ese momento se permitió a los empresarios ingresar en el Partido Comunista, que teóricamente representa a la clase trabajadora, no a los capitalistas.

Mao decía que los miembros del Partido deben servir al pueblo, y la idea era que los empresarios —a los que la teoría de las Tres Representaciones se refiere como «los nuevos estratos sociales»— sirven al pueblo al «realizar un trabajo honesto» creando riqueza y convirtiendo a China en una nación fuerte y respetada.

La teoría de las Tres Representaciones supone una nueva piqueta ideológica para tratar de hacer compatibles el capitalismo y el leninismo. Como recuerda Richard McGregor, Jiang Zemin en el pasado había atacado a los empresarios privados, calificándolos de «comerciantes y vendedores ambulantes que estafan, malversan, sobornan y evaden los impuestos». Ese mismo Jiang les permitió más tarde ingresar en el Partido y convertirse en buenos comunistas. Todo ello fue objeto de muchas críticas dentro del PCCh, donde muchos lo consideraron contrario a los principios marxistas. Pero el pragmatismo se impuso de nuevo. En la actualidad más de un tercio de los empresarios chinos son leales miembros del Partido. Muchos de ellos serían probablemente los dueños de los yates que vi una vez amarrados en el Club Náutico de Sanya —en la isla semitropical de Hainan—, en los que ondeaba la bandera roja de la RPCh, la República Popular de China.

Los años de Jiang Zemin y de Hu Jintao fueron años de intensos cambios en la sociedad china. El modelo capitalista-leninista creado por Deng Xiaoping consiguió transformar el país manteniendo la estabilidad del sistema. Pero algunas de sus costuras empezaron a resentirse. Los cambios sociales provocados por el rápido crecimiento económico fueron creando problemas nuevos.

Uno de ellos era la corrupción, que estaba muy extendida y afectaba a todos los niveles del poder, tanto nacional como local. En un artículo en *Foreign Affairs* en junio de 2021, Yuen Yuen Ang cita varios casos. Un antiguo ministro de ferrocarriles recibió sobornos por valor de 140.000 millones de dólares. El presidente de un banco público mantenía un harén con cien concubinas. Un jefe de policía de Chongqing guardaba en su casa un museo que incluía huevos de dinosaurio fosilizados.

En esos años aumentaron fuertemente las desigualdades entre la población, así como entre el campo y las ciudades indus-

triales de la costa. Ya en 1986 Deng Xiaoping dijo en una entrevista que algunas personas y algunas regiones serían prósperas antes que otras, y que eso permitiría acelerar la prosperidad colectiva. Él mismo afirmó durante su viaje al sur de China en 1992 que «enriquecerse es glorioso». Estas desigualdades tenían lugar en un Estado supuestamente comunista en el que los servicios sociales —sanidad pública, educación, pensiones, vivienda— eran muy limitados.

Otro grave problema fue el deterioro del medioambiente. El ritmo frenético de crecimiento se mantenía a costa de atentados masivos contra el equilibrio ecológico. La fuerte contaminación en las ciudades empezó a provocar un notable descontento.

Finalmente, una proporción creciente de la población iba alcanzando un nivel de vida comparable a las clases medias occidentales y viajaba con frecuencia a Europa o a Estados Unidos. Algunos de ellos no renunciaban a tratar de introducir en China los valores democráticos.

Al terminar el mandato de Hu Jintao en 2012, estas y otras tensiones se iban agudizando en el seno de la sociedad china y dentro del Partido Comunista. Ese año Xi Jinping fue designado sucesor de Hu como secretario general del PCCh.